

Una ética de bienes acabaría en bienes inmediatos y produciría un conformismo mediocre, porque las tendencias se acaban muy pronto. Es preciso crecer, y para ello es necesario información, control y preferencias y a ello contribuyen decisivamente las virtudes: «no sólo puede querer algo sino que puede quererlo mejor. No sólo puede ser libre sino que puede ser más libre» (p. 160). Las virtudes forman un sistema en el que cada una exige las demás. En el centro del sistema se encuentra la prudencia. Sin embargo, conviene no olvidar que en el principio se encuentra ya el final: la templanza es la primera de las virtudes, porque sin cierta armonía interior del sujeto libre no puede haber acción racional. Pero la templanza mira también al amor, al amor de sí –la propia plenitud– y al amor a los demás –la propia plenitud se dirige a un mejor servicio a los demás– y el amor de Dios –el bien más alto–.

Permítaseme, para terminar, un texto de la última página del libro que expresa muy bien el estilo del autor: «Con esto enlazamos con lo más alto de la ética: el amor, que es lo único en el hombre que está a la altura de la contemplación. Todo tender es un amar, pero puede ser imperfecto... Cuidar el amor... Si se vive el amor sin condiciones, se puede renunciar incluso a la propia vida. La ética vincula virtud-bien con el fin, y el fin es amar. Aferrarse al bien es la felicidad, pero no la clave básica, sino la culminación, lo que San Agustín llamaba *ordo amoris*... Sin razón de otro el amor es imposible. El amor perfecto ya no tiende, porque goza de la posesión; se sigue manteniendo la razón de otro... Lo que hace que la vida humana tenga derroche de sentido es el amor. Luego lo más grandioso es amar y renunciar a ello es lo más anti-ético» (p. 182).

Enrique MOROS

Romano GUARDINI, *Tres escritos sobre la universidad*, Edición y traducción de Sergio Sánchez-Migallón, Pamplona: Eunsa, 2012, 81 pp., 15 x 21,5, ISBN 978-84-313-2844-3.

Presentamos este libro de R. Guardini que contiene tres escritos breves sobre su idea de lo que es la universidad, los cuales comparten la misma preocupación por el sentido y la misión universitaria, a saber, la búsqueda de la verdad.

El primer texto, *Homilía en la Misa de inauguración del semestre académico de 1949*, es una predicación inédita pronunciada en la iglesia universitaria S. Ludwig, de Munich. En este contexto, a la luz de Dios, reflexiona sobre la misión de la universidad. Más allá de ser el modo ordinario para obtener una capacitación y los conocimientos necesarios con vistas a ejercer una profesión futura, el fin último de la universidad

consiste en conocer la verdad por sí misma. En línea con Sócrates y Platón, el propio Guardini supera toda mirada escéptica o relativa, parcial, para situar en este alcance último y absoluto el objetivo auténtico de dicha institución. Si la universidad no quiere convertirse en algo que no es, no debe ni puede renunciar a esta altísima vocación, pues en ella radica su identidad.

En el carácter absoluto y absolutamente fundante de la verdad, descubre Guardini su dimensión religiosa: en su contingencia y finitud, las cosas remiten inevitablemente a su eterno arquetipo, a su divino hacedor. Tras las verdades penúltimas intuye el espíritu humano la verdad definitiva y eterna: a

Dios. Aquí la universidad se juega la fidelidad a su propia fundación: enseñar y fomentar el fecundo encuentro de la existencia personal con aquella verdad que la precede y la desborda.

El segundo texto, y más largo, es una conferencia leída en un simposio de estudiantes de Múnich en 1954, titulada *La responsabilidad del estudiante para con la cultura*.

En su primera parte (*La tarea del conocimiento*) el autor analiza —a la luz de la ética— los motivos que puede tener quien se acerca a la universidad: ésta puede ser entendida como el puente, entre la escuela y la vida laboral, que abre todo un horizonte de posibilidades y oportunidades irrepetibles; o como el lugar de esa preparación profesional que determinará el puesto en la sociedad y hará posible los recursos económicos con los que salir adelante; no falta quien acude a la universidad movido por el afán de investigación, una búsqueda incansable de la verdad que nunca parece alcanzar su final, y cuyo consuelo reside en el propio conocimiento sin más; cabe todavía una respuesta más pura y noble: la que apunta directamente al conocimiento de la verdad; de aquella verdad esencial para la que nuestro espíritu humano parece estar hecho, en cuya búsqueda consiste su tarea esencial y en cuya posesión la más grandiosa maravilla; aquella verdad que ha alumbrado a la filosofía a lo largo de su larga historia, pero que fecunda también la investigación de las ciencias particulares.

Guardini nos plantea después algunas preguntas fundamentales (*Examen de conciencia*). Cualquier preocupación profesional, práctica o económica, no podrá atenuar la solidez científica necesaria, ni justificar una masificación académica que dé al traste con la viva llamada interior del espíritu. Aun cuando es sumamente provechoso el servicio que la ciencia ofrece al campo de la técnica, sería de lamentar que el precio a pagar fuera la sustitución de la verdad por el criterio de la utilidad, o del

poder estatal y la eficacia política: sólo la presencia eficaz de los valores éticos libera a la universidad de confusiones nefastas que terminan atacando al propio ser humano; sólo el cultivo de los valores éticos devuelve al estudio su singular responsabilidad y al científico su vinculación con la verdad. En este sentido, no es accesoria la responsabilidad que tiene la universidad por la verdad, por la cuestión última del sentido.

La tercera parte de esta conferencia (*La responsabilidad mayor*) nos sitúa ante un riesgo mayor y por tanto ante una nueva responsabilidad. Toda la actividad cultural del hombre le coloca ante un horizonte siempre mayor, el espacio de la libertad, donde a medida que crecen las posibilidades crecen también los peligros. Lejos de cualquier mirada ingenua hacia el progreso, y sin caer en un determinismo mecanicista, el fruto de la libertad implica seriedad con las cosas, un continuo trascenderse a sí mismo y la conciencia de que el éxito no siempre está asegurado. Dado que existe el peligro de romper el todo de la existencia en los pequeños fragmentos que la componen, la cultura tendrá que esforzarse para recuperar la globalidad perdida, para recuperar la convicción de que, con ascesis, puede el hombre superar las amenazas y peligros presentes. Todo pasa por reemplazar el sólido fundamento en el lugar que le corresponde: a la reflexión antropológica le compete conocer y defender la idea de hombre, devolver a la persona humana su responsabilidad y verdadera soberanía. La universidad es, sin duda, el lugar privilegiado donde se deben afrontar estas cuestiones en toda su hondura y radicalidad.

El último texto, un manuscrito inacabado de 1965 titulado *¿Voluntad de poder o voluntad de verdad?*, pertenece al legado póstumo de Guardini. Desde su dilatada experiencia docente, el autor nos invita a considerar el sentido último de nuestra existencia y de aquellos valores más nobles que la configuran. Unos valores que, si

bien han sido objeto de estima en determinadas épocas, parecen atravesar ahora tiempos de cierto cansancio, escepticismo e incluso fraude. Y es que, cuanto más alto apuntan los valores, más fuerte debe ser su arraigo en la verdad. La sensación de crisis o de falta de integridad, que a veces descubrimos en el ambiente –y que, entre otros, muestra el rostro de la desconfianza en las grandes palabras o de un pragmatismo exacerbado–, afecta directamente a los valores mismos: destruir alguno de los valores últimos y supremos equivale a eliminar alguna dimensión insustituible de la existencia humana.

Al final se añaden una serie de apuntes, pensamientos incompletos, siempre con la preocupación por la verdad como idea de fondo: cuestionada o malinterpretada, la

crisis que atraviesa la verdad no es indiferente a la crisis de la misma universidad. Urge, pues, decidirse y recuperar aquella originaria voluntad de la verdad, que anida en el hombre y define a la universidad.

Respetando la naturaleza de los textos (y sin pedirles lo que no son), se puede afirmar que no han perdido nada de su validez, también para nuestros tiempos de continuas reformas en los planes de educación. Las afirmaciones más elaboradas o las intuiciones más sencillas de Guardini nos ofrecen luz, no sólo para una revisión y corrección acerca de las tareas propias de la universidad, sino también para plantear cauces en su renovación y en la recuperación de su verdadero sentido y finalidad.

Juan Carlos GARCÍA JARAMA